

Dossier

CURSO DE Hª DEL ARTE

Presentado por:

VADEMENTE

HISTORIA DEL ARTE ESPAÑOL

DOSIER DEL CURSO

VADEMENTE. Servicios educativos · Proyectos culturales

www.vademente.es / 687 409 471 ☎ 697 260 404 / info@vademente.es

© VADEMENTE 2021



HISTORIA DEL ARTE ESPAÑOL

UN PROYECTO

La historia del arte es una disciplina autónoma pero que esta indisolublemente ligada a la historia y a todos los elementos que concurren en ella. Si el proceso histórico forma parte de nuestro pasado, determina nuestro presente y se proyecta en nuestro futuro, las artes ha sido su forma de expresion a través de la cultura de cada periodo de ese largo devenir.

Parcelar su estudio atendiendo a las actuales naciones contemporáneas es una artificiosidad que sin embargo puedo ofrecer una ventaja, la de conocer mejor nuestra cultura y nuestra historia de nuestro país.

Pero esta sectorización hay que tomarla con precaución, pues cuando hablamos de España, debemos plantearnos de qué estamos hablando, y entender que a una larga historia corresponde una gran complejidad cultural, un espacio territorial cambiante, y todo ello requiere deshacerse de discursos axiomáticos y prejuicios en beneficio de la objetividad.

Nuestro proyecto consiste en desarrollar un **curso de Historia del arte español** que, desde la Prehistoria hasta el Mundo Actual, nos permita, progresivamente, conocer nuestro legado artístico y su extraordinaria riqueza y proyección. Lo haremos en convocatorias sucesivas para realizar el trabajo preciso que la materia y nuestro objetivo merecen. Se trata de comprender, no sólo de aprender, y eso lleva su tiempo.



INTRODUCCIÓN

El arte es un fenómeno tan consustancial como exclusivo de nuestra especie. La necesidad de expresión a través del lenguaje visual ha sido común a todas las sociedades humanas desde su comienzo hasta hoy. Acotar estas manifestaciones a los márgenes de un país moderno es una artificiosidad, pues las sociedades que lo generaron no tuvieron conciencia de pertenecer a ese país.

Sin embargo, desde nuestro punto de vista actual, ahora si determinado por conciencias nacionales, el arte y la historia es una forma de conocimiento de lo propio, de autoconocimiento.

Partiendo del hecho de que se trata de algo artificioso, pero que resulta educativo, hay que tener una extrema cautela a la hora de elegir el método de estudio. Cualquier proyección ideológica del presente hacia el pasado es una falacia, y sus resultados puede ser distorsionadores y capciosos.

Las historias del arte de las naciones modernas han soportado proyecciones ideológicas desde el mismo momento en el que se planteó su necesidad. Estas premisas, afortunadamente, han sido desplazadas en la actualidad por un mayor rigor científico.

Acercarnos al conocimiento de la historia y del arte como consecuencia de sus diversos factores, resulta enriquecedor y revela las claves de nuestra realidad como colectivo. Pero es un proceso unidireccional, pues el pasado se proyecta en el presente y en el futuro, pero nunca al contrario. Por ello, es imprescindible un método aséptico, objetivo, que entienda el arte desde la perspectiva de la historia, y asuma a esta como un proceso continuo más que como un destino.



Las artes plásticas, como todas las demás formas de expresión colectiva, nacen de la cultura, la política, el pensamiento, la espiritualidad, es decir, de todos aquellos factores que conforman una sociedad histórica.

Las coordenadas temporales de estas realidades no son absolutas, pues siempre devienen de procesos anteriores y se proyectan en los siguientes. Ese carácter progresivo es consustancial al hecho histórico, y consecuentemente al artístico, por lo que resulta indispensable considerarlo en el estudio y la comprensión de la historia y del arte.

Estos flujos no han respondido a "conciencias" locales, no se han ceñido a fronteras y mucho menos los han protagonizado algún tipo de demiurgo o genio local sempiterno. Las ínclitas razas ubérrimas son una entelequia tan poética como poco histórica.

Se trata, más bien, de movimientos colectivos de amplio espectro, fruto de la interacción entre sociedades e individuos, cuyos epicentros circunstanciales estaban allá donde se daban unas determinadas condiciones contextuales favorables.

En estos lugares se producía un "acelerón" en el proceso de cambio del modelo anterior, generalmente ya en decadencia. Las nuevas propuestas, surgidas a partir de esa crisis, se concretaban de forma ejemplar generando un nuevo modelo, un paradigma. Este se expandía, evolucionaba y se reinterpretaba adaptándose a las diversas realidades sociopolíticas. Finalmente, entraba también en crisis y se transformaba en un modelo nuevo.

Un proceso cíclico que en ningún caso tenía como protagonistas singulares ni a colectivos ni a individuos concretos.



ARTES NACIONALES

Pero estas consideraciones, tan asépticas ideológicamente, no han sido siempre normativas. Desde el siglo XVIII comenzaron a proyectarse sobre los estilos artísticos valores de carácter moral o ético.

Así, los regímenes políticos, ya fueran los tiránicos o los más justos, generaban formas de arte diferentes que expresaba sus virtudes o la falta de ellas. Un periodo irracional y oscuro, como la Edad Media, sólo podía producir un arte bárbaro y torpe, casos del Gótico o el Románico. Una sociedad que busca el bien y la justicia, como la ilustrada, tendía a recuperar el clasicismo paradigmático de la Atenas clásica o la República romana.

Este componente ético insertó un elemento extemporáneo en la comprensión de la naturaleza del arte, al considerar unas categorías que supeditaban su interpretación a los valores contemporáneos con los que se juzgaba.

Aunque la Ilustración aplicara al arte y la cultura este tipo de valores éticos, y discerniera que los factores naturales geográficos podían otorgar ciertas características locales, no fracturó nunca su carácter universalista.

Ese paso, el siguiente en el proceso desvirtuador del arte y la historia, lo dio el Romanticismo. Las categorías morales o éticas fueron extrapoladas al carácter de los pueblos, concretamente al de las nuevas entidades políticas que fueron surgiendo en la Europa revolucionaria del siglo XIX, tan necesitadas de sublimarse a través del pasado.



Los prerrománticos alemanes abrieron el camino filosófico. Herder identificaba un "volksgeist", un espíritu del pueblo, que otorgaba a cada nación, a cada pueblo, unas características intrínsecas e invariables a lo largo del tiempo. Estas cualidades no sólo definían su carácter inmutable y su destino, sino que eran el leitmotiv que las cohesionaba y la bandera que las diferenciaba del resto.

Con el nacionalismo romántico comenzó a discernirse la posibilidad de que ese "espíritu del pueblo" se manifestara a través de un arte propio, de la existencia de expresiones artísticas nacionales que, aún nacidas de los procesos generales, se segregaban en función del talento, el carácter, o el genio de cada comunidad.

Lo universal dejaba paso a lo concreto, pues cada pueblo, convertido en una suerte de individuo, había expresado, y expresaba, su idiosincrasia a través de sus artes plásticas, su literatura o su música.

Esos rasgos imperecederos, que llegarán a enunciarse más adelante incluso en términos biológicos y anatómicos, determinaban el pasado, el presente y el futuro, de modo que la historia y el arte eran básicamente testimonios de ellos.

La inserción de estos elementos, subjetivos e ideológicos, representó una profunda desnaturalización de las razones de ser del fenómeno histórico y artístico, llevándolo por una deriva que pervertía su conocimiento y lo ponía al servicio de la política.

Los estudios de Humanidades comenzaron el rastreo de elementos identificadores. Una investigación prolija que ofreció la valiosa posibilidad de estudiar y ordenar miles de años de historia y cultura, pero su rigor científico estuvo condicionado, en gran medida, por el apriorismo de ajustar el pasado a las necesidades del presente.



Se seleccionaron hechos épicos e individuos heroicos que confirmaban la existencia de rasgos propios, tan positivos como privativos del genio nacional. Unos atributos proyectados desde el ámbito de las virtudes, la moral o la ética contemporáneas, que alteraban profundamente el significado y la comprensión del arte y la historia.

Esta labor definió un canon propio, un modelo tan enfático como exclusivo, tan falso como oportuno. Sus abstracciones, apoyadas y legitimadas en los ejemplos del pasado, contribuyeron a definir el concepto de Nación en el que se embarcaron las caducas entidades políticas del Antiguo Régimen, una redefinición cuyos frutos aún recogemos.

Las consecuencias sobre los estudios de historia y arte fueron contundentes. Entre ellas la aplicación de un principio de exclusión que negaba la rica mezcla cultural de las sociedades anteriores. Todo aquello, aunque fuera propio, que escapara de lo definido como característico fue, indiscriminada y peyorativamente, calificado de heterodoxo. El resultado fue una visión sesgada, reduccionista y excluyente de los procesos históricos.

a historia del arte de los modernos países europeos se escribió bajo estas premisas. Catalogaciones progresivas y sistematizadoras que revelaban el carácter del genio local, el inspirador de las distintas artes nacionales. El "volksgeist" de cada nación llegó a identificarse incluso con un estilo concreto del pasado.

La diversidad del Gótico, del Renacimiento, o de cualquier otra corriente artística, dejó de depender de sus procesos evolutivos o de la riqueza cultural del pasado, para ser expresión categórica de virtudes, cualidades morales o capacidades intelectivas propias.



Evidentemente, también fueron muchas las historias del arte español escritas bajo estas premisas. Pero necesariamente, son aquellos territorios especialmente expuestos a múltiples influencias, con un devenir histórico complejo, rico y multicultural, como es el caso de nuestro país, los que mejor demuestran la falta de holgura y la falacia del modelo nacionalista, los primeros que delatan sus contradicciones.

Una península mitad atlántica y mitad mediterránea, inserta desde antiguo en todos los procesos culturales europeos, pero tan cerca de África como participar también de los del continente vecino, y ubicada en el extremo Occidente proyectándose hacia América, es una encrucijada de difícil ajuste a modelos únicos.

Estos factores geográficos facilitaron una historia compleja y poliédrica, de una rara diversidad dentro del contexto general europeo. Quizá por ello la entidad heredera de ese pasado, España, ha tenido más difícil definir un modelo monolítico de nación, de hecho, ha desarrollado varios, tan cargados de contradicciones como opuestos entre sí.

Esto demuestra que la riqueza y la diversidad cultural son valores que sobrepasan a las ideologías más ciegas y reaccionarias.

En nuestro caso, una cuestión sencilla puede ofrecernos un momento de reflexión: ¿qué es más "español"? ¿el monasterio del Escorial?, ¿la mezquita de Córdoba?, ¿la catedral metropolitana de Ciudad de México? o ¿la Casa Milá? Cualquier elección concreta sólo podría justificarse aplicando una batería de razones ideológicas. Comprender que todas estas obras son fruto del desarrollo de las artes en España es lo más sencillo y por tanto lo más probable.



ARTE ESPAÑOL

Con el título “Historia del Arte Español”, elegido para esta serie de curso sobre las artes plásticas en España, no se pretende destilar “esencias” nacionales, ni ajustarnos a discursos categóricos. La condición de “español” aplicada al arte, remite sólo a una consideración contextual de carácter geográfico, histórico y cultural.

Tratar de definir un carácter nacional a través del arte demostró ser un callejón sin salida y una limitación para su comprensión. Sin embargo, permaneció en boga durante mucho tiempo.

Autores imprescindibles de nuestra historiografía artística, como Manuel Bartolomé Cossío, nada sospechoso de mantener discursos reaccionarios, continuaron apelando a este carácter español para atar los cabos sueltos de nuestra historia del arte.

Quizá, y especialmente ligado a la memoria del maestro Cossío, es inevitable pensar en uno de esos versos sueltos de nuestro arte “nacional”: El Greco. Para solventar estos problemas de difícil encaje, donde lo foráneo tiene que terminar siendo propio sin romper el molde, en el prólogo de su Aproximación a la pintura española, Manuel Bartolomé Cossío puntualizaba lo siguiente:

Pertenece a la pintura española todas aquellas obras que lleven impreso el sello nacional, que muestren los rasgos distintivos y peculiares del genio del país, en la época y las condiciones locales y personales en que se han producido; que tengan, en suma, carácter. Por esto, la condición indispensable para dar carta de naturaleza de pintor español, no es la de haber nacido o pintado en España, sino la de mostrar en sus producciones el carácter patrio.



Sello nacional, rasgos distintivos, genio del país, carácter patrio, términos necesarios para una sociedad de finales del siglo XIX que navegaba en busca de una identidad monolítica y determinista. Un error recurrente incluso en nuestros tiempos.

España, como realidad política contemporánea, deviene de uno de los procesos históricos más variados y complejos de Occidente. Por ello, a la hora de estudiar su pasado y sus manifestaciones artísticas, no hay cabida para la consideración de heterodoxo o exótico, o para discernir entre lo foráneo y lo castizo. Y esto es así afortunadamente, porque un legado cultural y artístico tan diverso no puede reducirse a categorías tan absolutas.

Nuestra propuesta parte del valor del autoconocimiento que tiene la materia, de la necesidad de aprender de nuestro pasado para comprender nuestro presente, pero asumimos este trabajo como algo emocionante, no emotivo.

Las leyendas negras y las leyendas rosas han violentado, en direcciones opuestas, nuestra percepción del pasado. No ha habido mejor forma de malinterpretar nuestra historia que asumirla con complejos o exaltarla con loas. Los hechos de pasado, el arte y la cultura, no se proyectan en nuestro presente para ser juzgados y medidos positiva o negativamente, sino para darnos claves de comprensión.

Es un tópico decir que por España han pasado todos los pueblos, pero desde luego que todos los que tuvieron ocasión lo hicieron. En un principio porque era una tierra de promisión por su riqueza metalífera y lugar de confluencia de gentes del Atlántico y del Mediterráneo.

Más tarde porque fue una de las bases constructoras de la cultura Occidental, sirviendo también de puente entre ésta y la de Oriente Próximo.



Finalmente, porque fue la encargada de llevar Occidente a América y de recibir a América en Occidente. A lo largo de siglos de múltiples llegadas y partidas, la Península fue espacio de cambio e intercambio, por ello lo que hoy podemos definir como español está determinado por todos los pueblos y culturas que aquí concurrieron.

Tantas influencias podrían haber dado lugar a una amalgama confusa y fragmentaria, de compartimentos estanco. Pero, merced al sincretismo que han practicado casi todas las culturas, se mezclaron, se filtraron en campo ajeno, y terminaron por ofrecer un rico panorama de opciones y formas de expresión.

Es por eso, que en el tablero peninsular se ha jugado algunas de las mejores partidas de la historia del arte y la cultura de Occidente, e incluso de Oriente Próximo. Hemos de sumar a ello la vocación atlántica que, compartida con la mediterránea, extendió el tablero hasta América, aumentando aún más las posibilidades del juego.

Ningún pueblo occidental, salvo la antigua Roma, llevó a cabo una empresa artística y cultural, allende su territorio natural, de la envergadura de la realizada por España en Hispanoamérica.

Si bien la mayoría de los patrones básicos no se cortaron en España, si lo es que aquí se ejecutaron algunas de las mejores piezas realizadas a partir de ellos.

El Románico encontró un paradigma en Compostela, el arte Omeya en Córdoba, el almohade en Sevilla, el Renacimiento en El Escorial, el Barroco en el Madrid del Siglo de Oro, la modernidad en Goya, el Modernismo en Barcelona y lo contemporáneo en Picasso.



El resultado es un patrimonio artístico con el que sólo compite Italia en el contexto europeo. Pero si consideramos, como debiéramos, el legado virreinal dejado en Hispanoamérica, la competencia desaparece.

Por todas estas razones, un acercamiento a la historia del arte español ofrece la posibilidad de tratar las tradiciones artísticas de casi todos los pueblos de la Antigüedad que alumbraron el Mediterráneo y el Atlántico, de las principales corrientes artísticas desarrolladas en Occidente desde tiempos de Roma hasta el siglo XIX, de algunos de los mejores frutos del arte islámico, del arte virreinal hispanoamericano, y de una aportación al arte contemporáneo indispensable para su nacimiento.

Estas son las premisas que fundamentan nuestro proyecto. Podríamos, para terminar, aplicar el principio subjetivo del adagio clásico "Nosce te ipsum", es decir, "Conócete a ti mismo", pues un acercamiento a nuestra historia y a nuestra cultura es siempre un ejercicio de comprensión de quiénes somos como colectivo histórico y político, Eso sí, sin prejuicios y sin valoraciones, tan sólo objetivamente, o al menos intentándolo.